

EDITORIAL

EL PARO Y LA SALUD DE LOS TRABAJADORES

Los paros y las huelgas han sido a lo largo de la historia un instrumento fundamental en la lucha de los trabajadores por conquistar mejores condiciones de trabajo. Una de las jornadas más significativas de la historia obrera contemporánea ocurrió en Chicago con el llamado a huelga general para el primero de mayo de 1886 con el objetivo de reducir la jornada laboral a ocho (8) horas diarias de trabajo. Así mismo, las huelgas insurreccionales han sido un instrumento clásico en la teoría revolucionaria para la confrontación a los gobiernos reaccionarios, y las huelgas patronales un instrumento en las luchas políticas de los patronos contra los gobiernos progresistas, el reciente ejemplo chileno nos recuerda las huelgas de transporte y otros sectores productivos contra el gobierno de Allende, que ya se ha comprobado fueron financiadas por el gobierno de los Estados Unidos.

En Venezuela también existe una trayectoria de huelgas y paros en la lucha por las reivindicaciones sociales y laborales.

Lo que nunca se había visto en Venezuela era una huelga general o “paro cívico”, como se le denominó, que se extendió desde diciembre del 2002 hasta febrero del 2003 y en el que el sector empresarial con centrales y organizaciones sindicales - que deben representar los intereses de los trabajadores - unieron sus esfuerzos con los de los medios de comunicación y la oposición política, manteniendo una paralización de las actividades nacionales durante dos meses, sin conseguir sus objetivos políticos, pero con gravísimas implicaciones económicas y sociales para el país y los trabajadores.

Los costos sociales del paro son significativos. La federación de escuelas privadas, la cual desde el inicio se sumó al llamado a paro cerrando las escuelas, y la acción de los gremios pertenecientes a los viejos partidos políticos del “status” logró paralizar casi completamente por tres meses la educación venezolana. Unos ocho millones de escolares de los niveles preescolar, escuela básica y secundaria quedaron sin clases por tres meses. Las universidades aunque divididas en opinión también redujeron notablemente su actividad.

La empresa privada se vio particularmente afectada. Las grandes empresas redujeron fuertemente su actividad. Los dueños de centros comerciales cerraron, obligando con ello a cerrar a pequeños comerciantes en el momento que esperaban realizar las principales ganancias del año, pero sin exonerarlos de los pagos de alquileres y servicios.

Las consecuencias se vieron y aún no todas se superan al finalizar la huelga. El efecto del paro petrolero sobre la caída inmediata en los ingresos fiscales, la quiebra de pequeños comercios e industrias por la reducción de la demanda, el incumplimiento o el atraso en los pagos a proveedores, etc.; se tradujo en quiebras y pérdidas importantes de empleos, y en definitiva en un aumento de los niveles de pobreza de la población. No es sorprendente que el crecimiento significativo de la pobreza en el corto plazo genere un aumento de la tasa de delitos e incluso en los niveles de violencia social.

Impacto sobre la salud

En primer lugar se destaca el impacto sobre los servicios de salud. Muchos hospitales y ambulatorios cerraron sus puertas, manteniendo sólo la atención de emergencias. En algunos estados se paralizaron los programas preventivos, la consulta materna infantil, el suministro de información epidemiológica y, por supuesto, los afectados son la población trabajadora y de menores ingresos que no cuenta con recursos para recurrir a la asistencia médica privada. La cuantificación de los efectos de esa paralización es casi imposible, sin embargo, es evidente que los sectores que conducen el gremio médico, estrechamente vinculados a los partidos políticos de la “vieja Venezuela” se plegaron a la convocatoria demostrando una vez más el divorcio entre el gremio médico tradicional, la ética médica y las necesidades de salud de la gente.

Un área de particular importancia fue la de la salud mental. Las campañas de propaganda y terrorismo psicológico adelantadas desde los medios de comunicación, principalmente televisivos impactaron profundamente la mentalidad de importantes sectores, sobre todo de las capas medias de la población, a las que se programó, con tácticas bien conocidas, para exacerbar sus odios y temores, induciéndolas a participar de un paro, garantizándole una victoria imposible, y sembrando resentimientos y frustración entre hermanos. El impacto de ese paro sobre la salud mental del venezolano puede tener alcances inimaginables, desencadenando conflictos sociales y enfrentamientos y afectando hasta las generaciones futuras.

Por último, el impacto para los trabajadores se evidencia en el cierre de numerosas fábricas y empresas, incremento en el desempleo, deterioro aún mayor de las ya precarias condiciones de trabajo, y pérdida de las ventajas competitivas del mercado, lo que se traduce también en afectación de la salud mental. En el caso de los trabajadores activos, tanto del sector formal como informal de la economía, el deterioro de las condiciones de trabajo y la conmoción social y económica se traduce en un incremento de los accidentes de trabajo y de las enfermedades laborales.

Por todo lo anterior, no queda más que condenar la paralización irresponsable del país y alertar sobre futuras acciones que puedan desencadenarse para lograr objetivos políticos en desmedro de los intereses nacionales y de las grandes mayorías. Reconstruir el país requiere el esfuerzo de todos y todas.